EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE LA MUERTE DE MOZART

Juan José Utrilla

Hace ya algunos años, cuando aún estaba al frente de la librería principal del Fondo mi querida amiga Graciela Bayúgar, ella me contó lo siguiente. Había puesto en el tocadiscos algo de música clásica —creo recordar que era un concierto de Jachaturian— cuando entraron en el lugar dos muchachas modestamente vestidas. Mientras una de ellas hablaba con el dependiente, la otra púsose a escuchar. Poco a poco, la expresión de su rostro fue cambiando; por último, los ojos se le llenaron de lágrimas, y murmuró, con voz apenas audible: "No sabía yo que se podía sentir esto".

Dicha anécdota me ha dado mucho que pensar. ¿No habrá por ahí otras personas que sólo necesiten una ligera sugestión, un empujoncito, como se dice, para que conozcan algunas de las cosas más grandes y bellas de este mundo?

Por ello, en este año del segundo centenario de la muerte de Mozart, se me ha ocurrido que lo mejor que puedo hacer si quiero unir mi humilde homenaje de gratitud a los que ya por todo el mundo se están celebrando, por la sublime felicidad con que las creaciones del Maestro han iluminado mi vida, no es dar datos ni hacer análisis sesudos sino, tan sólo, recomendar algunas de sus obras a quienes no las conozcan, o recordarlas a quienes pudieran haberse olvidado de ellas.

¿Por dónde empezar? En una obra tan inmensa y que en todos los géneros llega a lo más excelso, la cosa no es fácil. Cerremos los ojos, y lancémonos a un género que es de los más gustados, y cuyas obras son fáciles de conseguir: la sinfonía.

Según muchos musicólogos, de las 41 sinfonías de Mozart, sólo seis (las seis últimas) son verdaderamente grandes. No teniendo espacio para refutar esto, démoslo por bueno, aunque sin olvidar la definición dada por el gran director *sir* Thomas Beecham: "Un musicólogo es un señor que sabe leer música pero no sabe oír música". La sinfonía No. 35, la "Haffner", basada en una serenata, y la No. 36, K. 425, la "Linz", suelen aparecer en un solo disco. En un *compact* muy barato, marca "Virtuoso", ha reaparecido esta última junto con la No. 39, K. 543, en la incomparable interpretación de Bruno Walter. Y por si esto fuera poco, trae "de pilón" la célebre serenata K. 525, "Eine Kleine Nachtmusik", la inmortal obra cumbre de su género. La No. 38, K. 504, la "Praga", en sólo tres movimientos, es una de las obras selectas de la música; nadie debe desconocerla. Junto con la ya citada No. 39, la gran No. 40, K. 550 (la más célebre de todas), y la 41, K. 551, la "Júpiter", es fácil de conseguir en disco o en *compact*. Casi todas las grabaciones son perfectamente satisfactorias... aunque si algún día, por la magia de los ingenieros de sonido, volvieran las viejas versiones de Bruno Walter y de Koussevitzky, deberá el lector precipitarse sobre ellas y no soltarlas.

Pasemos ahora al mundo de los conciertos para piano y orquesta. Como el Maestro empezó a componer en este género desde edad increíblemente temprana, dejaremos de lado los primeros, hasta llegar al prodigioso No. 9, K. 271, el primer concierto moderno para piano. Por falta de espacio vámonos hasta el No, 20, K. 466, obra tremenda, de un poder siniestro, casi diabólico en su inolvidable primer movimiento, compuesta "en simultáneas" con el 21, K. 467, cuyo sublime andante se ha puesto de moda con el nombre de una película, "Elvira Madigan". Pero hay que conocerlo completo... El No. 23, K. 488, obra de claridad y luz maravillosas, puede hacer llorar hasta a las piedras con la desolación de su segundo movimiento: es uno de los más bellos conciertos jamás escritos. Y quizás algún día vuelva la vieja versión de Gieseking al piano y Karajan dirigiendo. Su poesía y nobleza son incomparables. Ahora han aparecido, en versión con instrumentos antiguos, el gran No. 24, K. 491, el más dramático de todos, con su asombroso primer movimiento, y el último concierto, No. 27 K. 595, escrito pocos meses antes de la muerte del Maestro. La belleza de esta obra ya no es algo de este mundo. Hablemos aquí, de una vez, de los juveniles conciertos para violín, sobre todo del No. 5, K. 219, el "Turco", y de la llamada Sinfonía Concertante, K. 364, que es un doble concierto para violín y viola. El primer movimiento de esta última es un himno a la alegría de vivir. Y el segundo, terso y conmovedor, está a la misma altura. ¡No se lo pierdan! En sus últimos meses de vida, Mozart compuso el prodigioso concierto para clarinete —uno de sus instrumentos predilectos—, K. 622, también de extraterrena belleza, cuyo movimiento central contienen la despedida del Maestro, tanto más profunda y trágica cuanto que surge, sonriente, de la serenidad de un brillante tono mayor. No digamos más.

MÚSICA DE CÁMARA. ¿Qué piezas escoger, entre el rebosante arcón de los tesoros mozartianos? Vamos, casi a ciegas: nadie se pierda el increíble trío K. 498, para clarinete, viola y piano (en su versión original, no adaptado al violín); es lo más *cantabile* que se ha escrito. De los cuartetos para cuerdas, forma central de la música de cámara, mis predilectos son el K. 421, en re menor, infinitamente trágico, y el K. 499, el "Hoffmeister", en que a ratos Mozart parece ponernos en la mano la belleza, tangible como una manzana. ¡Ah! Se me olvidaba el "Disonante", K. 465. Su "Trío", la parte central del minueto, es una asombrosa mezcla de pasión y elegancia. ¡Y no se pierdan los dos cuartetos para piano, K. 478 y K. 493! Han aparecido en un solo *compact*, no muy barato, con los instrumentos de la época. Son las dos únicas obras maestras absolutamente perfectas, grandes y profundas que existen de su difícil género. He dejado para el final de la sección los incomparables quintetos para cuerdas. Tres de ellos, el K. 515, el K. 516 y el K. 593 son, de nuevo, los más hermosos que tenemos. El segundo, K. 516, en re menor, es una de las más grandes obras de Mozart (es decir, de la humanidad).

Se me acaba el espacio, y apenas voy a la mitad de la faena, por lo que habré de pedirle al licenciado Murillo Cruz nueva hospitalidad en las páginas de otro número de AZTECA.

LA VIDA COTIDIANA EN VIENA EN TIEMPOS DE MOZART Y DE SHUBERT

Miguel Ángel Avilés

La cotidianeidad de la vida, entendida como aquello que se vive en su momento, en el aquí y ahora, aunque si bien hecho de un pasado (transformado en historia por su implícito devenir) adquiere una dimensión vigente señalando una intención de permanencia: Viena en el actual contexto de una Europa moderna, parte de una revolución mental que dentro del proceso de una nueva concepción de fronteras políticas y económicas a la luz de los acontecimientos de nuestro siglo, rescata por sí misma a la capital de la música, y al centro de las costumbres y del arte del buen vivir, en el marco de un siglo XVIII por demás trascendente para la humanidad entera.

El modo de vivir más común al mayor número de personas, los vasos comunicantes del pensamiento, las artes, los cambios y transformaciones políticas, económicas y sociales de una geografía muy europea, son el asunto de fondo que se enhebra en las páginas de *La vida cotidiana en Viena en tiempos de Mozart y de Schubert*.

Dar al lector una visión del pasado, de sus personajes más representativos, Mozart y Schubert, protagonistas de su propia historia y de su época, acercando en el tiempo y el espacio el tránsito de una ciudad hasta la fotografía de una vida cotidiana, constituye uno de los elementos conceptuales más significativos de la interpretación de Marcel Brion. A través de nuestra lectura, lo cotidiano rebasa su propia categoría, tomando como fundamentos una documentación e investigación profundas que recrean la realidad de la historia y de los hechos que le dieron origen y vida, continuándola hasta la Europa de nuestros días.

Baste, como muestra de lo anterior, el apunte que Marcel Brion hace de la concepción política del príncipe Metternich, importante exponente de un Congreso vienés por demás convulso, debatiéndose entre lo moderno y los esquemas absolutistas, que para un lector atento bien podría ser la profecía potencial de la Europa contemporánea y posiblemente del mundo: "Debemos considerar siempre la sociedad de los Estados como la condición esencial del mundo moderno." (p. 224).

Con habilidad y sensibilidad, somos testigos de una Viena aburguesada, llena de contradicciones románticas que ahora pertenece a los hombres de este siglo entender y conservar, como la música de Mozart, que a propósito de su bicentenario luctuoso, cotidianamente continuamos viviéndola en la trascendencia propia del arte y la cultura. Digamos pues a la Viena de Mozart: "Trazo mi Mozart",[1] porque lo cotidiano es ayer y hoy.

[1] **Palíndromo del ensayista Guillermo Sheridan.**

Marcel Brion, *La vida cotidiana en Viena en tiempos de Mozart y de Schubert*, trad. Juan José Utrilla, FCE, México, 1990, 331 pp. (Col. Popular, núm. 456)